

V I C T O R I A
S O B R E
E L M A L

Cómo se glorifica Dios en
un mundo de tinieblas

Scott
Christensen


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

CONTENIDO

Prólogo de Joel R. Beeke	ix
Prefacio	xiii
1. Ante las tinieblas	1
<i>El problema del mal, la teodicea y las respuestas cristianas básicas a este problema.</i>	
2. Contra las tinieblas	23
<i>Dos teodiceas: la defensa del libre albedrío, sus problemas y la defensa del bien mayor.</i>	
3. El gran Autor de la historia	45
<i>El entendimiento adecuado de la santidad, soberanía y bondad de Dios es el punto de partida esencial para establecer una teodicea bíblica.</i>	
4. ¿De quién es la culpa?	67
<i>La responsabilidad moral, el compatibilismo y la pregunta respecto a la autoría del mal de parte de Dios.</i>	
5. Dime la antigua historia	89
<i>Los patrones universales en la narrativa; cómo la trama bíblica (creación, caída y redención) es la estructura para una teodicea bíblica.</i>	
6. La teodicea de la gloria mayor	113
<i>La teodicea de la gloria mayor y la razón por la cuál explica correctamente la Escritura.</i>	

Contenido

7. El gran Héroe de la historia	137
<i>La persona y la obra de Cristo como el centro de la teodicea de la gloria mayor, especialmente Su sufrimiento redentor como el Hijo de Dios encarnado.</i>	
8. El resto de la historia	159
<i>La manera en la que Cristo derrota el mal mediante Su sacrificio expiatorio, Su reino venidero y Su juicio del mal, lo cual incluye la restauración del cosmos.</i>	
9. Esperanza en medio de las tinieblas	183
<i>Las implicaciones prácticas de la teodicea de la gloria mayor, y lo que Cristo hace por el creyente que ha sido afectado por el pecado y la maldición.</i>	
10. Gracia transformadora, gloria sublime	207
<i>La respuesta de los creyentes ante el mal que hay en el mundo es una de las mejores apologías para la fe cristiana, pues enfatiza la gracia y gloria de Dios.</i>	
Glosario	231
Bibliografía.	243

PRÓLOGO

El 8 de agosto de 2023 (solo dos semanas antes de escribir este prólogo), se desató un incendio forestal en la isla de Maui, Hawái, que arrasó la ciudad de Lahaina y la convirtió en escombros. Mientras escribo esto, se han confirmado más de cien muertes en el incendio y casi mil personas más siguen desaparecidas, lo que convierte los incendios forestales de Maui en los más letales en Estados Unidos desde 1918. Muchos se preguntan: «¿Dónde está Dios en todo esto? ¿Por qué permite Dios que esto suceda? Y ¿por qué permite Dios que ocurran calamidades en general?». Nos cuesta trabajo encontrarle sentido al dolor, al sufrimiento y a la muerte, porque se trata de intrusiones antinaturales que han afectado la experiencia humana poslapsaria a causa de la maldición. Sin embargo, es precisamente esta maldición la que contextualiza la historia de la redención y define la narración bíblica.

Quizá hayas evangelizado a alguien que te preguntó algo similar a esto: «Si Dios existe (y si es perfectamente bueno y poderoso), ¿por qué hay maldad en el mundo?». Si se responden de manera bíblica, las preguntas sobre el problema del mal pueden producir mucho fruto porque generan un inmenso valor apologético y, finalmente, conducen a la doxología. Muchos cristianos están insatisfechos con las teodiceas (las defensas de la bondad divina ante la existencia del mal) porque muchas de estas son sencillamente antibíblicas. *Victoria sobre el mal*, la obra de Scott Christensen, es un cambio más que bienvenido a esta desafortunada tendencia.

Tienes en tus manos una gran obra de teodicea. En sus otros libros, *What about Free Will? Reconciling Our Choices with God's Sovereignty*

(¿Qué hay del libre albedrío? Cómo reconciliar nuestras decisiones con la soberanía de Dios) y *What about Evil? A Defense of God's Sovereign Glory* (¿Qué hay del mal? Una defensa de la gloria soberana de Dios), Christensen ha ayudado a la Iglesia a entender las preguntas perennes respecto a la relación entre la soberanía divina, el sufrimiento humano, la existencia del mal y la naturaleza de la voluntad. Aquí, Christensen ha sido meticuloso en simplificar, condensar, refinar y resumir (y a veces expandir) el libro *What about Evil?* para producir una edición accesible para una audiencia más popular. En esta obra, forcejea con preguntas espinosas como las siguientes: «¿Cuál es el problema del mal? Si Dios decreta el mal, entonces ¿es Él su autor? Y ¿cómo reconciliamos la libertad humana con la soberanía de Dios?».

Christensen comienza con una perspectiva general de todo el ámbito de las teodiceas y explica diferentes maneras en las que la Iglesia ha respondido al problema del mal. Él presta especial atención a las dos teodiceas más influyentes que ha producido la Iglesia: la defensa del libre albedrío y la defensa del bien mayor. Seguido de esto, prueba que los debates sobre las teodiceas son a menudo extensiones de un debate más amplio entre arminianismo y calvinismo: ¿Debe el centro de gravedad de nuestros sistemas teológicos (incluyendo las teodiceas) fundamentarse en la autonomía humana o en el teo-centrismo? La solución de Christensen es completamente teo-céntrica (es decir, calvinista) y no antropocéntrica (es decir, arminiana). Por ejemplo, dentro del contexto del compatibilismo (de hecho, Christensen escribe una admirable defensa de esta posición), el autor reformula con sabiduría la teodicea del bien mayor y propone lo que llama *la teodicea de la gloria mayor*.

Por supuesto, esto no debería sorprendernos, puesto que Christensen aborda el problema del mal desde una perspectiva plenamente reformada y recordemos que *soli Deo gloria* es el punto crucial de esta cosmovisión. Toda la vida, incluyendo el mal mismo, existe, de alguna manera, para la gloria de Dios. Y esa *alguna manera* es lo que fascina a Christensen y dirige su tan bien estructurada obra hacia áreas fértiles de exploración.

Al redactar una teodicea propia, Christensen fundamenta lo que llama su *teodicea bíblica* en la obra de Jesucristo, en la meta-narrativa de

la Escritura (creación, caída y redención) y en los atributos de Dios, en especial en Su santidad, soberanía y bondad. Christensen demuestra con éxito que su teodicea bíblica está fundamentada tanto en la soteriología como en la cristología y que tiene implicaciones profundas para la doxología. El lector también encontrará escatología aquí. Por ejemplo, Christensen explica cómo la existencia del mal es parte de la historia global de lo que Dios está haciendo para restaurar para siempre todas las cosas. Él se esfuerza por avanzar de la doxología a la praxis. Al edificar esta teodicea bíblica, demuestra que la respuesta cristiana a la maldad en este mundo es una poderosa herramienta apologética para resplandecer como luminarias ante los incrédulos. De esta manera, la perspectiva de Christensen es práctica, evangelística y experiencial, pues abarca la cabeza, el corazón y las manos.

Recomiendo de todo corazón este volumen bien documentado, balanceado, cautivador, práctico y, sobre todo, que exalta a Dios. En última instancia, esta obra lleva al lector a glorificar a Jesucristo, porque Él es la Luz que resplandece en las tinieblas (Jn 1:5). Que este libro (más breve) de Christensen sobre el problema del mal te lleve, estimado lector, a una mayor profundidad en tu conocimiento para que el Dios trino reciba toda la gloria en tu vida y por toda la eternidad.

Joel R. Beeke

Canciller, Profesor de Teología Sistemática y Homilética

Puritan Reformed Theological Seminary

Pastor, Heritage Reformed Congregation, Grand Rapids, Michigan

PREFACIO

Pasé cinco años investigando y escribiendo *What about Evil? A Defense of God's Sovereign Glory* (¿Qué hay del mal? Una defensa de la gloria soberana de Dios) (P&R Publishing, 2020). Ese libro busca abordar el denominado problema del mal, que ha probado ser el asunto más espinoso que la fe cristiana ha enfrentado jamás. El problema se define fácilmente: Si Dios es supremamente bueno y poderoso, ¿por qué hay maldad en el mundo? Cuando se publicó el libro hace algunos años, no pude haber predicho cuán importante se volvería este tema, dada la cultura en rápida desintegración en la que vivimos actualmente.

Me he sorprendido por la respuesta tan amplia y favorable que ha recibido tal libro. Muchas personas me han compartido cómo su contenido ha transformado su vida. Esto me hace sentirme profundamente humilde. No tenía idea de que generaría esta clase de respuesta. Lo único que puedo hacer es dar gloria a Dios porque precisamente es lo que este libro busca.

La respuesta más común que he recibido respecto al libro *What about Evil?* ha sido: «¿Cuándo escribirás un libro más breve y accesible para el lector?». Los que han transitado a lo largo de las 544 páginas de ese gran tomo han reconocido que fue algo trabajoso (aunque espero que haya valido la pena). A pesar de que mi intención no fue convertirlo en una obra académica, sí contiene mucha terminología poco común y conceptos difíciles que resultan ajenos para la mayoría de los lectores. Es un tema que ciertamente exigirá al máximo el poder mental de una persona. Y aunque te aliento con la confianza de que *todos* tienen la capacidad para encarar ese libro más amplio, también me doy cuenta del tremendo valor de contar

con un tomo más pequeño y accesible que sirva de introducción a este tema tan importante para una audiencia más amplia.

Ante este trasfondo, presento ahora *Victoria sobre el mal*. Una gran parte del contenido fundamental es el mismo que aparece en *What about Evil?*, pero en forma condensada. He minimizado la terminología técnica y simplificado los conceptos. Este libro cuenta con muchas menos notas al pie. He agregado o expandido otras ilustraciones y temas cuando ha resultado apropiado y he buscado enfatizar cuestiones más prácticas. Sin embargo, sigue siendo en su mayoría una obra de teología y de exposición de las Escrituras porque creo que el problema exige que pensemos de forma teológica y bíblica respecto a él. Con oración, esto conducirá a la mejor de las aplicaciones.

Hay tantas personas a las que debo agradecer por alentarme a escribir este libro más pequeño que ni siquiera puedo contarlas. Quiero agradecer a los miembros de mi clase de escuela dominical en la Kerrville Bible Church, que fungieron como catadores del material que presento aquí. También quiero agradecer a aquellos que me invitaron a hablar sobre este tema en numerosos pódcast y conferencias. Los comentarios e interacciones en todos estos lugares me ayudaron a agudizar mi pensamiento, lo que espero haya quedado reflejado en esta obra. También agradezco a todas aquellas grandes personas en P&R Publishing que siguen creyendo que debo escribir libros. John Hughes y Dave Almack merecen un agradecimiento especial por sus palabras de ánimo. También agradezco a James N. Anderson por su minuciosa revisión del manuscrito y por sus comentarios tan útiles, así como a Karen Magnuson por sus excelentes habilidades como editora.

Finalmente, agradezco a mi esposa, Jennifer, y a mi hijo, Matthew, por soportar las largas horas que paso escribiendo; a mi familia en la iglesia, a quienes me gozo tanto en servir; y a mi Señor Jesucristo, cuya gracia resplandece con poder sobre mí. Mi oración es que Él se agrade en usar esta humilde ofrenda para ayudar a muchos a ver la gloria de Dios al encarar el mal.

Soli Deo Gloria

ANTE LAS TINIEBLAS

Hay maldades innombrables que acechan en las tinieblas siempre presentes de nuestro mundo atribulado, un mundo que no es lo que debería de ser, un mundo que a menudo es frío e inhóspito, donde el dolor y el sufrimiento parecen ser la norma del día. Considera la historia de Louis Zamperini.¹ Louie fue un prometedor campeón de atletismo estadounidense que compitió en los Juegos Olímpicos de Berlín 1936. Sin embargo, el estallido de la Segunda Guerra Mundial trajo miserias inimaginables a su vida. Reclutado como piloto de bombarderos, inexplicablemente perdió el control de su B-24 y se estrelló en el océano Pacífico. Logró sobrevivir en aguas infestadas de tiburones durante un tiempo récord de cuarenta y siete días antes de ser capturado por la naval japonesa. Durante los siguientes veintisiete meses, fue transferido a varios campos para prisioneros de guerra.

La primera experiencia de Louie como prisionero de guerra fue terminar en una sucia choza de madera, plagada de ratas, piojos y el hedor de orina y de excremento humanos. Las golpizas eran comunes y la comida

1. Ver Laura Hillenbrand, *Unbroken: A World War II Story of Survival, Resilience, and Redemption* [*Inquebrantable: una historia de supervivencia, fortaleza y redención durante la Segunda Guerra Mundial*] (New York: Random House, 2010); Louis Zamperini con David Resin, *Devil at My Heels* [El diablo a mi acecho] (Nueva York: HarperCollins, 2003).

solía consistir en porquerías diversas llenas de excrementos de rata y de gusanos. El escorbuto, la disentería y el beriberi eran asesinos comunes en estos campos. La estrategia de trato de los japoneses hacia los prisioneros de guerra era deshumanizar a sus víctimas, extirparles hasta el último gramo de dignidad y arrebatarles el deseo de vivir.

En un campo para prisioneros llamado Omori, Louie conoció a su némesis, el cabo Mutsuhiro Watanabe, un oficial disciplinario conocido como «el Ave». Watanabe era un psicópata de primer orden. Sus amenazadores ojos negros lo decían todo. «Décadas después de la guerra, aquellos que lo habían mirado a los ojos eran incapaces de sacudir el recuerdo de lo que habían visto en ellos, una maldad que provocaba un retorcimiento en las tripas, un escalofrío en toda la espalda».² El Ave era capaz de darle una golphiza despiadada a un hombre durante horas y luego, extrañamente, se echaba a llorar, se disculpaba, lo abrazaba y le ofrecía golosinas, cerveza o cigarrillos. Acto seguido, un instante después, volvía a darle una tunda a aquella pobre alma en otro arrebato de ira. «Cuando se hallaba en el éxtasis de una golphiza, aullaba y daba gritos, la saliva le escurría y se le llenaba de espuma la boca; a veces lloraba y corrían lágrimas por sus mejillas».³

Al ver la determinación absoluta de Louie por sobrevivir a estos tratos infernales, el Ave lo eligió para sus ataques más maliciosos. Un día, uno de los guardas hirió gravemente a Louie en la pierna. Como no podía hacer el trabajo de los demás en las minas de carbón y de sal, el Ave lo puso a limpiar una pocilga sin acceso a herramientas. Se vio obligado a arrastrarse por el lugar, limpiando el excremento con sus manos y secretamente llenándose la boca de la comida de los cerdos para no morir de hambre.

El Ave solía colocar a los prisioneros en una fila y obligarlos a golpear con todas sus fuerzas en el rostro a los demás prisioneros que eran oficiales. Los que se negaban eran sometidos a tremendas golphizas. Louie fue elegido para recibir este trato. Cada uno de los hombres de la fila lo golpeó renuentemente y él cayó una y otra vez a tierra hasta que, finalmente, se desmayó. Cuando recobró el conocimiento, el Ave exigió a gritos que los

2. Hillenbrand, *Unbroken* [*Inquebrantable*], 232.

3. Hillenbrand, 237.

hombres reanudaran la golpiza, que se prolongó durante varias horas hacia la noche. Con cada nuevo golpe, el Ave se alegraba cada vez más. El rostro de Louie lució como una pelota de básquetbol durante días.

El punto culminante en la batalla de voluntades entre Louie y Watanabe sucedió cuando el Ave castigó a Louie por supuestamente dejar que muriera una cabra que tenía bajo su cuidado. Se le ordenó levantar una viga de manera de casi dos metros y elevarla sobre su cabeza delante de los demás prisioneros. Si bajaba los brazos, un guardia tenía órdenes de golpearlo con la culata de su rifle. Mientras tanto, el Ave estaba sentado en el techo de un edificio adyacente, riéndose y burlándose de Louie mientras este temblaba bajo el sol incandescente. Louie no se dejó intimidar. Miró al Ave directamente a los ojos con un odio inquebrantable.

Sus brazos estallaban de dolor. Después de diez minutos, se le entumecieron. Titubeó por un instante y el guarda asestó contra Louie con su arma. Él se levantó de nuevo, pero comenzó a sentirse desorientado. Sus ideas comenzaron a volverse borrosas y su consciencia empezó a debilitarse. Sin embargo, se mantuvo fríamente resuelto: *No lograré destruirme*. Después de unos treinta y siete minutos, el Ave se sentía consternado por la resistencia de Louie. Se bajó del techo de un salto y corrió hasta su implacable enemigo y le asestó un tremendo golpe en el estómago. Louie colapsó y la viga le golpeó la cabeza mientras caía inconsciente.⁴

Para ese momento, la derrota de Japón era inminente, como lo hacían evidente las devastadoras misiones de los bombarderos B-29 que se oían y se veían en lo alto. Los prisioneros de guerra albergaron algo de esperanza, pero también tenían todas las razones para temer que los guardias cumplieran las órdenes que el ejército había dado de matar a todos los prisioneros si la guerra terminaba. De los más de treinta y cuatro mil prisioneros de guerra estadounidenses que capturó Japón durante la Segunda Guerra Mundial, casi el 37 % (13 000) murió, comparado con el 1 % que murió a manos de los nazis alemanes y de los fascistas italianos.⁵

4. Hillenbrand, 296.

5. Hillenbrand, 315.

Finalmente, Louie fue liberado, pero su odisea no se había terminado. Sencillamente, no podía ajustarse a la vida como civil. Los recuerdos recurrentes le traían sonidos y escenas de la guerra y de los campos. Cualquier sonido o recuerdo inesperado le producía ataques de pánico. El Ave lo perseguía y lo atormentaba casi todas las noches en sus sueños. La línea entre la realidad y la ilusión se volvió confusa. Una ira repentina e impredecible lo poseía cual demonio. En ocasiones, atacaba a algún inocente transeúnte en lugares públicos ante la menor provocación. Se volvió al consumo descontrolado de alcohol para aliviar su terror, pero fue inútil. No podía conservar ningún empleo. Arruinaba todo lo que intentaba hacer. Hasta su regreso por volver al atletismo fracasó.

Luego, Louie se estableció una única meta. Encontraría al Ave y lo mataría; entonces, todo se solucionaría. Sin embargo, todos sus esfuerzos en este frente también fracasaron. Sobre todo, le falló a su recién esposa, Cynthia. Él la trataba como si fuera una enemiga. Primero, ella sentía miedo por él; luego de él. Durante una pesadilla, se imaginó estar un combate a muerte contra el Ave. Lo tenía sujeto del cuello en una llave mortal cuando de pronto se despertó y se dio cuenta de que estaba estrangulando a su aterrada esposa. Un tiempo después, Cynthia regresó a casa y vio cómo su marido, ebrio, sacudía a su bebé recién nacido en la misma llave mortal. Ella no tuvo elección. Lo dejó y se llevó consigo a la bebé. Louis Zamperini se encontraba ahora en una condición peor que en los campos de concentración.

ENTENDAMOS EL PROBLEMA DEL MAL

La historia de Louis Zamperini es uno de incontables ejemplos en la historia que revelan la maldad en toda su feroz malignidad. Toda una constelación de maldades envolvió la vida de Zamperini. No solo soportó a personas malas en términos morales, sino que también su vulnerabilidad humana tuvo que soportar toda clase de males naturales. Fue víctima de una avería en su aeroplano. Durante sus días perdido en altamar, soportó una vida inadecuada en la balsa, tiburones voraces, hambre y sed, peces y aves incomedibles y tifones inesperados. En los campos, experimentó

calores abrasadores y fríos paralizantes, atrofias musculares, delirios, contusiones múltiples continuas, malnutrición y enfermedades.

Los teólogos hacen una distinción entre ambos tipos de males. El *mal moral* se refiere a los pensamientos, palabras y acciones injustas⁶ de todas las criaturas moralmente responsables (angélicas y humanas) en violación de los mandatos y principios morales de un Dios santo, ante quien todos somos responsables.⁷ Estos males provocan dolor y sufrimiento en otros. El *mal natural* se refiere a las condiciones adversas en el mundo que también provocan dolor y sufrimiento. Estos males pueden proceder de 1) desastres naturales, como terremotos, tornados, incendios forestales o tsunamis; 2) accidentes o percances como consecuencia desafortunada de las leyes de la naturaleza, como cuando una persona se ahoga en un lago porque no sabe nadar o cuando una piedra cae de un acantilado y aplasta a un camión lleno de niños de edad escolar; 3) aflicciones y enfermedades, como cáncer de páncreas o COVID-19; 4) discapacidades físicas y mentales, como parálisis o síndrome de Down; y 5) molestias físicas que limitan nuestro cuerpo prácticamente todos los días.

La maldad natural es resultado de la caída de Adán y Eva en rebelión moral contra Dios, a raíz de lo cual Él pronunció una maldición perpetua sobre la creación que alteró sus condiciones favorables (Gn 3:14-19). Vivimos en un mundo quebrantado donde las cosas no funcionan como deberían. Las leyes de la naturaleza no siempre operan a favor nuestro. La descomposición y la corrupción han arruinado la bondad impoluta de la creación original. Se ha ido el orden, la belleza y la perfección funcional del Edén.

La maldad en un mundo caído

Nos es casi imposible comprender la compaginación de todas estas pesadas cadenas de dolor y de sufrimiento. La historia universal es la historia del fracaso de la humanidad bajo el peso de males sistémicos morales interminables: la avaricia, el engaño, la explotación, la perversión sexual, la violación, el racismo, el terrorismo, la esclavitud, el asesinato,

6. Ver Gn 6:5; Mt 5:21-30; 1 Jn 3:15.

7. Ver Ro 1:18-32; 2:14-15; 3:9-20, 23.

la guerra y el genocidio. La historia moderna no carece de ejemplos. La trata de esclavos en el Atlántico capturó y vendió a unos cincuenta millones de hombres, mujeres y niños durante los siglos xv al xix. Durante el siglo xx, Adolfo Hitler ejecutó la «Solución Final» y asesinó a seis millones de judíos. Dieciocho millones de disidentes de la tiranía de Vladimir Lenin y de Joseph Stalin sufrieron en gulags infernales. La revolución de Mao Zedong mató de hambre, persiguió, encarceló o ejecutó a unos sesenta millones de inocentes. Desde 1975 hasta 1979, los Jemeres Rojos de Camboya exterminaron a más de dos millones de almas, la mayoría de las cuales fueron sepultadas en fosas comunes llamadas campos de exterminio. Podríamos relatar muchos ejemplos desgarradores más.

Contemplar las cifras de tales atrocidades puede llegar a entumecernos, lo que demuestra nuestra propia insensibilización hacia la maldad. Sin embargo, la maldad moral no es el único problema que enfrentamos. En todo momento, una multitud de males naturales amenazan con destruirnos: terremotos que parten la tierra debajo de nuestros pies, huracanes que asedian ciudades en nuestras costas, inundaciones que arrasan dóciles vecindarios, tornados que destrozan nuestros hogares y fuegos infernales que devastan zonas forestales preciadas. Nuestro cuerpo físico sufre bajo interminables lesiones, enfermedades, aflicciones y amenazas de pandemias globales. La juventud y la fuerza dan paso a la vejez y a un torrente incalculable de dolencias físicas. Tan pronto como salimos relucientes y hermosos del vientre de nuestras madres, nos sumergimos en un mar tempestuoso de dolor que nos conduce inexorablemente hacia la muerte.

Ningún ser humano está libre de esto. Todos sufrimos el mal. A veces, nuestras tragedias personales son implacables e insoportables. La vida parece no ser justa. La injusticia abunda. Los verdaderos actos de rectitud son lujos poco comunes. El mal se apodera del diario vivir. Los culpables florecen mientras que los inocentes languidecen. Toda la humanidad clama junto con Job: «Cuando esperaba yo el bien, vino el mal, cuando esperaba la luz, vino la oscuridad» (Job 30:26). Justo cuando el futuro parece brillante, el mal regresa rampante para destruir nuestras esperanzas. Incluso ahora, parece que estamos entrando en una nueva y desconcertante era en la que el mal se acelera a un ritmo vertiginoso.

Esto ha provocado mucha consternación, temor e incertidumbre respecto a lo que viene adelante.

Las ideas nefastas detrás de varias teorías críticas inspiradas en el marxismo han llegado para radicalizar el mundo y marginalizar cualquier resistencia, castigando a los que no caminan al unísono con su tiranía con etiquetas de fanáticos, racistas, privilegiados presuntuosos y negacionistas que deben conformarse o ser silenciados.⁸ Sus efectos divisivos y corrosivos se incubaron primero en nuestras universidades y ahora han infectado prácticamente todos los programas de estudio de nuestras escuelas, desde preescolar hasta la secundaria. Hollywood y nuestros medios de comunicación las predicán implacablemente. El veneno se inyecta a través de todas las formas de entretenimiento, deportes y publicidades. Las empresas más grandes e influyentes están coludidas con las entidades gubernamentales en todos los niveles para echar mano de esta ideología radical con el objetivo de deconstruir las instituciones culturales del mundo y reformular la educación, el lenguaje, las leyes, la economía, el entretenimiento, las artes, etcétera.

Esto sucede en especial en el ámbito sexual y familiar. La revolución sexual prácticamente ha destruido la familia, la institución comunal fundamental que Dios diseñó para la prosperidad de la sociedad. Nuestra era hiper-sexualizada no conoce límites para la perversión por culpa de la mal llamada identidad de género y sexual. ¿Quién habría pensado que The Walt Disney Company, una empresa reconocida por crear contenidos

8. Ver Voddie T. Baucham Jr., *Fault Lines: The Social Justice Movement and Evangelicalism's Looming Catastrophe* [Líneas de falla: el movimiento por la justicia social y la inminente catástrofe del evangelicalismo] (Washington, DC: Salem Books, 2021); Owen Strachan, *Christianity and Wokeness: How the Social Justice Movement Is Hijacking the Gospel—and the Way to Stop It* [El cristianismo y el movimiento woke: Cómo el movimiento por la justicia social está secuestrando el evangelio y cómo detenerlo] (Washington, DC: Salem Books, 2021); Erwin W. Lutzer, *No Reason to Hide: Standing for Christ in a Collapsing Culture* [Sin razón para escondernos: en defensa de Cristo en una cultura en decadencia] (Eugene, OR: Harvest House, 2022); John MacArthur y Nathan Busenitz, eds., *Respuestas bíblicas para una cultura en caos* (Grand Rapids, MI: Editorial Portavoz, 2024); Carl R. Trueman, *Strange New World: How Thinkers and Activists Redefined Identity and Sparked the Sexual Revolution* [Un mundo nuevo y extraño: Cómo pensadores y activistas redefinieron la identidad y desencadenaron la revolución sexual] (Wheaton, IL: Crossway, 2022).

familiares durante casi un siglo, comenzaría a redirigir su misión hacia la sexualización agresiva de nuestros hijos?

Los espectáculos travestis se han convertido en un nuevo entretenimiento para los niños. Se presiona a los jóvenes confundidos sobre su identidad de género a incurrir en mutilación genital. Los defensores de esta clase de abuso hasta tienen las agallas de llamarlo *atención para afirmación de género*. La pedofilia es la próxima perversión socialmente aceptable y los ofensores ahora son llamados «personas atraídas por menores» para suavizar su monstruosidad. La trata sexual es una industria multi-billonaria. La promoción sin restricciones del sexo para cualquiera con cualquier persona o cosa se ha vuelto cada vez más parte de los valores motivadores de nuestra era.

La escena moral del mundo occidental se ha alterado por completo y ha llegado al borde del colapso. Indudablemente, vivimos en un mundo post-cristiano donde Dios ha sido «desdivinizado»⁹ y descartado como una reliquia obsoleta de una era pueril que ha quedado atrás. La noción de una moralidad inmutable, universal y objetiva ha quedado relegada al basurero. Si le preguntas a la persona promedio en la calle cómo distinguir entre el bien y el mal, la mayoría no tiene la menor idea. Vivimos en un mundo de «individualismo expresivo»,¹⁰ una era que nos recuerda los oscuros días de los jueces, donde «cada uno hacía lo que le parecía bien ante sus propios ojos» (Jue 17:6; 21:25).

Un cristianismo corrompido

Ahora, lo que suele hacerse pasar por cristianismo, incluso por cristianismo evangélico, no es nada más que lo que Christian Smith llama «deísmo terapéutico moralista».¹¹ Esta religión humanista sencillamente ha adaptado los insípidos valores del mundo a su sistema

9. Ver D. A. Carson, *The God Who Is There: Finding Your Place in God's Story* [*El Dios que está presente: encuentra tu lugar en la historia de Dios*] (Grand Rapids: Baker, 2010), 33.

10. Trueman, *Strange New World* [Un mundo nuevo y extraño], 22-24.

11. Christian Smith con Melinda Lundquist Denton, *Soul Searching: The Religious and Spiritual Lives of American Teenagers* [Un análisis de la vida religiosa y espiritual de los adolescentes estadounidenses] (Nueva York: Oxford University Press, 2005).

de creencias. Su apática deidad se mantiene distante y nos permite seguir nuestro propio camino hacia la felicidad, con tal de que adjuntemos un versículo bíblico al final de nuestras oraciones e intentemos tratar a otros con amabilidad. Su credo religioso es: «Ayúdame que Yo te ayudaré». Dios no es una deidad exigente, sino más bien un amigo de trato fácil y tolerante, que nos alienta para que nos sintamos bien con nosotros mismos mientras buscamos la plenitud psicológica y seguimos a nuestro corazón a dondequiera que nos conduce. No hay que prestar atención a lo que los antiguos profetas declararon respecto a lo engañoso del corazón humano (Jr 17:9).

Esta religión benigna y su noción ilusa de Dios ocultan un problema mayor. Nuestra cultura y nuestra propia naturaleza egocéntrica y engañosa nos han programado para concentrarnos plenamente en la maldad que se encuentra fuera de nosotros mismos y en pensar que somos, en esencia, buenos (sin importar cómo definamos lo *bueno*). Sin embargo, la triste realidad es que el Dios verdadero que se ha revelado en Su Palabra no nos permite una perspectiva tan trunca y distorsionada. No somos meras víctimas del mal. También somos autores del mal... *todos* nosotros. Somos violadores de la verdadera bondad, del bien que Dios mismo ejemplifica y define (no nosotros ni nuestra cultura).

Bajo el estándar divino, «no hay justo, ni aun uno [...]; no hay quien busque a Dios [...]; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno» (Ro 3:10-12). Somos buscadores egoístas de gloria, mentirosos y engañadores, amadores de placeres (2 Ti 3:1-5). Estamos dispuestos a matar y a robar para salirnos con la nuestra (Stg 4:1-3). Esto no nos augura nada bueno. Nuestra esclavitud inextricable e inescapable a nuestro pecado personal (Jn 8:34) nos engaña (Ro 7:11). No genera en nosotros felicidad alguna. En cambio, resulta ser una senda hacia una miseria constante.

¿Por qué, oh Señor?

Así pues, nos vemos totalmente abrumados por este sombrío mundo y por las condiciones desesperadas en que nos encontramos. Las preguntas incómodas invaden a toda alma bajo el sol. Clamamos: ¿por qué? ¿Por qué todas las mentiras y el engaño, la mutilación de la verdad? ¿Por qué

la fealdad, la desfiguración de lo que alguna vez fue bello? ¿Por qué la corrupción y el desperdicio, la disolución de lo bueno? ¿Por qué tanto asesinato y caos, tanta destrucción de la vida misma? Y ¿por qué somos todos cómplices indefensos y terriblemente obstinados de esta catástrofe cósmica? Es imposible que todo esto sea como debe ser.

Más que nada, preguntamos: ¿Dónde está Dios?

Clamamos: «¿Por qué, oh SEÑOR, te mantienes alejado, y te escondes en tiempos de tribulación?» (Sal 10:1).

¿Por qué Dios no evita toda esta locura? ¿Por qué no nos protege del mal? ¿Por qué nos permite continuar desbocados por aquel sendero infernal que el diablo ha trazado para nuestra alma oscurecida? ¿Acaso no nos ama Dios? El Todopoderoso ya ha demostrado que tiene más que poder necesario para detener el viento y abatir las olas con una sola palabra (Mr 4:39). ¿Qué hay de todas las demás tormentas que nos afligen? Es de suponer que Su poder soberano puede minimizar el peligro y maximizar la seguridad. ¿Por qué no hace más por prevenir el caos y promover la paz? Peor aún, ¿por qué un Dios supremamente bueno y poderoso permite toda esta calamidad en primer lugar?

Los teólogos y los filósofos llaman a esto *el problema del mal*. Es, sin duda, uno de los problemas más difíciles que enfrenta la humanidad. Sin embargo, es un problema especialmente complejo para el creyente genuino y racional y a veces es llamado el talón de Aquiles de la fe cristiana. ¿Por qué? Porque solo el cristianismo, de entre todas las religiones e ideologías del mundo, sostiene que Dios es supremamente bueno, justo, santo, sabio, amoroso y poderoso, que es el Creador, Sustentador y Gobernante de *todo* lo que existe. Sus perfecciones son infinitas, inmutables e inquebrantables.

Ninguna otra idea de la deidad ni de múltiples deidades puede compararsele. De hecho, la Biblia es clara: no hay otro Dios más que Él (Is 43:10-13). Si esto es verdad (y lo es), entonces ¿cómo pudo un Dios tan increíblemente glorioso permitir que Su creación y Sus criaturas, tan maravillosamente diseñadas, pudieran quedar arruinadas por la caída y descender hacia estas tinieblas tan desconcertantes?

UNA HISTORIA DEL PROBLEMA DEL MAL

A lo largo de los siglos, muchos incrédulos se han negado a reconocer al Dios de la Biblia directamente; sin embargo, sí saben en lo profundo de su corazón que un Dios así existe, como lo enseña claramente Romanos 1:18-32. Además, han descubierto los contornos esenciales del problema del mal y, no obstante, siguen insistiendo en que esto prueba que Dios no existe. A pesar de esto, irónicamente, saben intuitivamente que, si Dios no existiera, no existiría el problema del mal. ¿Por qué?

Porque no podemos evitar la presuposición de que únicamente un Dios supremamente sabio de bondad, justicia, rectitud y verdad perfectas puede establecer el estándar con el que se miden todas las cosas que no pueden cumplir ese estándar. Sin el sol, nunca podríamos saber qué hay debajo de las sombras. En otras palabras, sin un Dios supremamente bueno, no podemos afirmar que exista el mal. No tendríamos fundamento para preguntar «¿por qué?» a Dios cuando el mal nos golpea de lleno en el rostro.

Los filósofos escépticos, desde Epicúreo (341-270 a. C.) hasta el famoso David Hume (1711-1776) han intentado describir el problema del mal como un conflicto lógico entre la existencia de Dios por un lado y la presencia del mal por el otro, como se demuestra en el argumento que explicamos a continuación. Sin embargo, observa que el argumento no ataca alguna versión genérica de Dios. Solo el Dios de la Biblia puede ser el blanco del escrutinio que exige el problema del mal. De hecho, todos sabemos esto como criaturas hechas a Su imagen. No necesitamos ser escépticos para cuestionarnos cómo se las arregla el único Dios verdadero frente al mal a la vez que este mismo mal pone a prueba cuánta fe tenemos realmente en Él.

El argumento es el siguiente:

- (1) El Dios de la Biblia es todopoderoso (omnipotente).
- (2) El Dios de la Biblia es completamente bueno (omni-benevolente).
- (3) Sin embargo, el mal existe.
- (4) Por lo tanto, el Dios de la Biblia no puede existir.

El argumento presupone que la premisa 3, «el mal existe», no está en disputa; esto es verdad. No es común que se dispute esta realidad. Lo que debe estar en disputa es la premisa 1 o la 2. Sin embargo, observa que el argumento alberga algunas suposiciones ocultas y puede reformularse de la siguiente manera:

- (1) El Dios Todopoderoso (omnipotente) de la Biblia puede prevenir el mal.
- (2) El Dios completamente bueno (omni-benevolente) de la Biblia *quiere* prevenir el mal.
- (3) Sin embargo, el mal existe.

Esto conduce a algunas conclusiones preliminares:

- (4) Por lo tanto, o bien Dios no es todopoderoso (no *puede* prevenir el mal) o no es completamente bueno (no *quiere* prevenir el mal).

El supuesto conflicto entre estas dos conclusiones preliminares conduce a la misma conclusión que antes:

- (5) Por tanto, el Dios de la Biblia no puede existir (porque la Biblia insiste en que Dios debe ser *tanto* todopoderoso *como* completamente bueno).

Examinemos este argumento. Supongamos que la premisa 1 es falsa, pero la 2 es verdadera. Esto es lo que el rabino Harold Kushner argumentó en su libro superventas *Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*. Este famoso rabino escribió: «Me es más fácil adorar a un Dios que aborrece el sufrimiento, pero que no puede eliminarlo, que adorar a un Dios que elige hacer sufrir y morir a niños, por más sublimes que sean Sus razones».¹² Aquellos que creen esto no pueden evitar terminar en la miserable

12. Harold S. Kushner, *When Bad Things Happen to Good People* [*Cuando a la gente buena le pasan cosas malas*] (Nueva York: HarperCollins, 1989), 134.

disyuntiva de creer en un Dios impotente que no puede hacer más que llorar con nosotros cuando la tragedia nos alcanza.

Por otra parte, muchos secularistas petulantes se contentan con conceder que la premisa 1 es verdadera, pero creen que la 2 es falsa; de esta manera, pueden afirmar que cualquier Dios que permite la maldad cuando fácilmente podría evitarla debe ser malo en Sí mismo. Ahora bien, ¿son estas las únicas dos conclusiones que podemos extraer de este argumento? El cristianismo no tiene por qué acobardarse cuando se le presentan estos supuestos enigmas.

Al examinar de cerca el argumento, encontramos en él un grave problema: la premisa 2. Todos los teólogos ortodoxos reconocen que la premisa 1 es verdadera y la Biblia la defiende claramente. Dios tiene todo el poder necesario para evitar o detener cualquier caso de maldad. Sin embargo, no es una conclusión necesaria que este Dios, en Su bondad absoluta, *quiera* prevenir o detener todo caso de maldad, como lo sugiere la premisa 2. La realidad es que Él no lo hace, y la Biblia también es clara en este punto. Los escépticos creen que esto significa que o bien Él es malo o bien no puede existir. Sin embargo, ¿será posible que el Dios de la Biblia pueda ser supremamente bueno, sin posibilidad alguna de maldad en Su ser y que, de alguna manera, tenga una razón lo suficientemente buena y sabia como para permitir la existencia del mal? El objetivo de este libro es responder a esta pregunta en términos afirmativos.

MÁS DE UN PROBLEMA DEL MAL

Existe más de un problema del mal. La mera existencia del mal no es razón suficiente para cuestionar la existencia de Dios, en especial para los cristianos. Sin embargo, consideremos el tremendo alcance del mal o la naturaleza espantosa de algunos males. ¿Acaso esto no acusa a Dios? El Holocausto sirve como uno de incontables ejemplos. Quizá pudiéramos perdonar a Dios si tan solo seis o hasta sesenta judíos hubieran muerto a manos de un Hitler inspirado por demonios. Pero ¿qué hay de seiscientos? ¿De seis mil? Esto parece llevar nuestra paciencia al límite.

Si sesenta mil judíos hubieran muerto o, Dios no lo quiera, seiscientos mil, Hitler seguiría siendo uno de los peores villanos en la historia de la raza

humana y muchos exigirían de Dios alguna explicación. Sin embargo, ni siquiera estamos tratando con esto. Nos enfrentamos a la realidad de que casi todos los judíos de Europa, seis millones en total, fueron eliminados de la faz de la tierra y considerados criaturas viles a los ojos no solo de Hitler, sino también de los ciudadanos alemanes más ordinarios, creyentes en Dios, trabajadores y apegados a la familia (y de muchos otros ciudadanos ordinarios en toda Europa).

¿Puedes ver el problema que enfrenta el cristiano?

Sin embargo, esto no es todo. La tremenda extensión del Holocausto es una cosa. Consideremos la naturaleza horrenda de muchos de los crímenes que cometieron los nazis. Nadie ha captado de mejor manera el horror del Holocausto que Elie Wiesel en su libro de memorias, *La noche*. Wiesel sobrevivió a los campos de concentración de Auschwitz-Birkenau y de Monowitz en la Segunda Guerra Mundial. Cuando llegó por primera vez a Auschwitz, observó indefenso cómo los soldados descargaban a bebés recién nacidos de un camión y, despreocupadamente, los lanzaban al fuego para reducirlos a cenizas.

Nunca olvidaré aquella noche, aquella primera noche en el campo,
que convirtió mi vida en una larga noche siete veces sellada.

Nunca olvidaré aquel humo.

Nunca olvidaré los pequeños rostros de los niños cuyos cuerpos vi
transformarse en humo bajo un cielo silente.

Nunca olvidaré las llamas que consumieron para siempre mi fe.

Nunca olvidaré el silencio nocturno que me privó por toda la
eternidad del deseo de vivir.

Nunca olvidaré esos momentos que asesinaron a mi Dios y mi alma
y que convirtieron en cenizas mis sueños.

Nunca olvidaré estas cosas, aunque me viera condenado a vivir para
siempre como el mismísimo Dios.

Nunca.¹³

13. Elie Wiesel, *Night* [*La noche*], trad. Marion Wiesel (Nueva York: Hill and Wang, 2006), 34.

Presenciamos un mal tan horrendo y lo consideramos sin sentido, arbitrario, sin razón alguna. ¿Por qué permitiría Dios algo así? Más tarde, Wiesel y una multitud de otros prisioneros fijaron sus ojos en dos hombres y en un niño que fueron llevados a la horca por sabotaje en el campo.

Los tres prisioneros se subieron cada uno a su silla. Al unísono, colocaron el lazo alrededor de su cuello.

—¡Viva la libertad! —clamaron los dos hombres.

Pero el niño callaba.

—¿Dónde está ese Dios misericordioso? ¿Dónde está? — preguntaba alguien detrás de mí.

A la señal, las tres sillas cayeron.

Se hizo un silencio total en el campo. En el horizonte, el sol se ponía [...].

Luego, nos hicieron marchar junto a las víctimas. Los dos hombres estaban ya muertos. Su lengua colgaba de fuera, hinchada y azulosa. Sin embargo, la tercera cuerda seguía moviéndose: el niño, demasiado ligero, seguía respirando [...]

Así permaneció durante más de media hora, pendiendo entre la vida y la muerte, retorciéndose ante nuestra vista. Nos vimos forzados a mirarlo de cerca. Cuando pasé junto a él, seguía vivo.

Su lengua seguía roja y sus ojos no se habían extinguido aún.

Detrás de mí, escuché al mismo hombre preguntar:

—Por Dios, ¿dónde está Él?

Y de dentro de mí, escuché una voz responder:

—Que ¿dónde está Dios? Justo allí... colgado de la horca...

Esa noche, la sopa tenía sabor a cadáver.¹⁴

Wiesel ilustra de forma conmovedora que lo que nos carcome no es solo la extensión y la horrenda naturaleza del mal. Es también la forma en la que este nos afecta directa y personalmente, nos estremece poderosamente, hunde sus garras letales en nuestra tierna alma y nos deja clamando por Dios.

14. Wiesel, 64–65.

¿En verdad nos escucha Él? ¿En verdad está allí?

Si eres honesto contigo mismo, tú también has pasado por esto: Cuando tu hermoso bebé muere repentinamente. Cuando tu esposa te dice que ya no te ama y se va para siempre. Cuando tu negocio fracasa porque tu socio malversó todos los fondos. Cuando el fuego de tu estufa averiada destruye por completo esa casa que no tenías asegurada. Cuando tu iglesia se divide porque se reveló que tu pastor era un lobo disfrazado de oveja.

¿Qué pasa cuando tus nietos tienen que vivir con padres que existen en un delirio perpetuo, arruinados por las metanfetaminas? ¿Cuando un cáncer terminal cancela todos tus planes para el futuro? ¿Cuando tu hija llega a casa de la escuela y te dice que es un niño? ¿Cuando los servicios de protección al menor llegan a tu casa porque no estuviste de acuerdo con la evaluación de tu escuela respecto a la transición de tu hija?

Todos tenemos historias. Todos tenemos ira, amargura, depresión, desilusión. Todos tenemos tristezas sin fin, heridas que no sanan. Todos tenemos preguntas para Dios.

¿Nos responderá?

EN BUSCA DE UNA SOLUCIÓN AL PROBLEMA DEL MAL

Los creyentes han intentado responder al problema del mal desde el inicio de la historia. El término técnico que se usa en la teología para defender la fe cristiana ante el problema del mal es la palabra *teodicea*, una palabra acuñada en el siglo XVIII por el filósofo alemán Gottfried Leibniz. Esta combina las palabras griegas para «Dios» (*dseós* o *theos*) y «justicia» (*díke*). En consecuencia, una teodicea es un intento por presentar una solución que «justifica a Dios» ante el mal, que defiende Su integridad divina y que lo exonera de la acusación de culpa moral por el mal que permea Su creación. En última instancia, una teodicea intenta demostrar por qué Dios permitió que el mal arruinara Su buena creación. Aunque los cristianos han propuesto muchas teodiceas diferentes, estas pueden consolidarse en dos perspectivas fundamentales.

La primera teodicea (y la más común) se denomina a menudo la *defensa del libre albedrío*. Esta solución afirma que el mal surgió

desafortunadamente como un riesgo que Dios asumió al otorgar libre albedrío a Sus criaturas morales. Esta solución tiene un grave problema, como lo veremos en el capítulo 2. La segunda perspectiva fundamental respecto al problema del mal suele denominarse la *defensa del bien mayor*. Esta solución afirma que Dios permite el mal solo en casos en los que este es necesario para la aparición de algún bien mayor, un bien que no podría darse a menos que exista el mal relacionado con tal bien.

La teodicea que yo presento en este libro es una variación de la defensa del bien mayor. Esta toma las ideas cruciales para esta solución y las desarrolla de maneras muy específicas y de amplio alcance. La mayoría de las soluciones al problema del mal se contentan con ofrecer la forma más concisa y suficiente en que la fe cristiana puede evitar la acusación de que Dios es culpable por el mal. En contraste, una teodicea más robusta no solo ofrece razones por las que Dios no es culpable por el mal, sino también la razón por la cual tiene un propósito muy claro y definido para este.

En otras palabras, la mayoría de las teodiceas asumen posturas estrictamente defensivas e intentan proteger a Dios de los dardos de fuego de los escépticos y de todos aquellos que se consternan ante un Dios que les parece demasiado inepto como para manejar todo este dolor y sufrimiento. Esto es desafortunado. El Dios de la Biblia nunca se queda arrinconado en una esquina del cuadrilátero, intentando evitar todos los golpes que se lanzan contra Él. La Biblia no tiene miedo de exponer todo el espectro del mal desde sus primeras páginas. En cambio, el mal, en todas sus manifestaciones, es una parte prominente de toda la narrativa de la Escritura y Dios nunca queda manchado por Su conexión indispensable con este.

El mal no fue un accidente.

Sin embargo, la Biblia no nos ofrece una respuesta directa a las preguntas: ¿Por qué el mal? ¿Por qué la caída? ¿Por qué toda esta corrupción, dolor y sufrimiento que estropean el cosmos? Sin embargo, cuenta una historia fascinante sobre el plan de Dios para la historia, mostrando claramente por qué no solo permite el mal, sino que (nos atrevemos a decir) lo planeó para contribuir a Su glorioso propósito (completamente). La teodicea que la Biblia expone de manera implícita manifiesta de forma plena la incomprensible magnificencia de nuestro Dios.

Muchos cristianos suponen que el propósito de Dios al crear a los seres humanos era maximizar su felicidad. La maldad arruinó estos planes, de manera que la solución al problema del mal es averiguar por qué Dios no ha restaurado la felicidad humana. Sin embargo, seamos honestos: si el propósito de Dios fuera maximizar la felicidad humana, no ha hecho un gran trabajo.

Además, esta solución es vergonzosa porque coloca a la humanidad en el centro de los propósitos de Dios, como si la felicidad humana fuera el bien supremo de toda realidad. Sencillamente, esto no es así. Dios está en el centro de toda realidad. El propósito de Dios al crear al ser humano y al resto de la creación es manifestar Su propia gloria de forma suprema. De hecho, no puede ser de otra manera. Si Dios es en verdad Dios, entonces, por necesidad, Él debe estar en el centro. Si la realidad fuera análoga al sistema solar, entonces Él debe ser el sol y nosotros los planetas que orbitan a Su alrededor. Únicamente el sol tiene la masa y la gravedad necesarias para mantenerse en el centro y evitar que los planetas salgan volando en pedazos. Nada puede quitar el sol de su lugar central.

De la misma manera, nunca podremos imaginar un mundo en el que Dios no ocupe un lugar de majestad y gloria únicas. Todo lo que sucede, sea bueno o malo, no puede restar a esa gloria. En cambio, Dios diseñó hasta el último vestigio del bien y del mal para magnificar Su gloria de forma suprema. En esto radica la búsqueda legítima de la felicidad humana. La primera pregunta del Catecismo Menor de Westminster plasma esta idea de excelente manera: «¿Cuál es el fin principal de la existencia del hombre?». La respuesta dice: «El fin principal de la existencia del hombre es glorificar a Dios y gozar de Él para siempre». Nuestro gozo como seres humanos se halla en un solo lugar: la gloria del Dios que es incomprensiblemente magnífico (Sal 16:11).

Así pues, una teodicea conforme la Biblia debe por necesidad glorificar supremamente a Dios. Por esta razón, he llamado a la teodicea que yo propongo la *teodicea de la gloria mayor*. Los bienes mayores que Dios extrae de las tinieblas deben alumbrar con fuerza la gloria mayor que radica en Sí mismo. Además, Él ha diseñado que Su plan para la historia magnifique el bienestar (la felicidad) de Sus hijos adoptivos, a quienes ha elegido para sacarlos de las tinieblas y colocarlos delante de Su gloriosa gracia.

A la luz de Su maravillosa faz, encontramos nuestro mayor bien y nuestro más grande gozo. Además, lo que magnifica nuestro propio bienestar personal está directamente vinculado con la realidad de que *por necesidad* debemos pasar por la suciedad y los deshechos de un mundo sucio y quebrantado, que nuestra alma debe ser corrompida por su mal interior y victimizada por toda clase de mal exterior. La gracia de Dios que penetra la oscuridad dentro y fuera de nosotros es lo que finalmente magnifica de forma suprema la gloria y las obras de Dios para nuestro mayor bien.

EL RESTO DE LA HISTORIA DE ZAMPERINI

Esto se ejemplifica en el resto de la historia de Louis Zamperini. Su esposa solicitó el divorcio después de que sus abusos y violencia llegaran a un punto de no retorno. Sin embargo, poco después, ella asistió a la famosa Cruzada de 1949 en Los Ángeles que catapultó la carrera evangelística del apasionado y joven predicador Billy Graham. Cynthia se convirtió a Cristo la primera noche que asistió y le anunció a Louie que no proseguiría con el divorcio.

Después de días de resistirse, él finalmente consistió en asistir con ella una noche para escuchar a Graham predicar. El evangelista hizo un llamado al evangelio profundamente conmovedor. Louie se sintió incómodo. Sin embargo, cuando Graham habló del juicio divino contra quienes se creen buenos, Louie se enfureció. Él se creía un buen sujeto. Sin embargo, sabía que era un mentiroso. Con cada palabra que pronunciaba Graham, los pensamientos de Louie se perturbaban más. Esa noche, regresó de mal humor a casa y encaró de nuevo al Ave, su maniático verdugo.

La noche siguiente, fue de buena gana a escuchar a Graham. Esta vez, el predicador habló directamente del problema del mal, de por qué Dios permite tanto sufrimiento y de cuán a menudo Él traspassa el dolor con una paz sobrenatural. Louie regresó en su mente a aquel día de 1943 cuando se encontraba a la deriva en altamar después de estrellarse en su B-24. Había entrado a ese lugar del ecuador llamado la zona de calmas ecuatoriales, donde el mar misteriosamente se convierte en una inmóvil

lámina de cristal. Él supo sin duda que aquel sentimiento extraño de serenidad absoluta que había sentido ese día solo provenía de las manos de un Dios inmensamente poderoso y benevolente. Louie sabía que nunca debió de haber sobrevivido a su odisea. Fue la misericordia de Dios la que lo sostuvo en cada momento.

Luego, Graham habló de la gracia salvadora que todos debemos hallar en Cristo. Aún entonces, Louie se resistía, la frente le sudaba, la garganta se le contraía y el peso que sentía contra su pecho crecía. Su ira regresó, de manera que tomó a Cynthia de la mano y salió huyendo del servicio. Sin embargo, justo mientras salía de la carpa, comenzó a llover. Se detuvo y se volvió hacia Graham. Entonces, le sobrevino un último recuerdo. Fue el momento en el bote salvavidas en el que había hecho a Dios una promesa: «Señor, tráeme de vuelta de la guerra y te buscaré y te serviré».¹⁵

Este recuerdo fue el punto de inflexión. Poco después, cayó de rodillas, le rogó perdón a Dios y confió en Cristo. Louie regresó a casa aquella noche en un estado de serenidad que jamás había experimentado antes. Sí, Dios había salvado su vida física, pero ahora, él había aceptado que Cristo salvara su vida espiritual. Echó al drenaje todo su alcohol, junto con su ansiedad, su ira y sus pensamientos de venganza. El Ave no volvió a regresar... ni aquella noche ni nunca más. De pronto, Louie desarrolló un apetito insaciable por conocer a Cristo y la Biblia.

Louie Zamperini era un hombre renovado y la gratitud que sentía por su salvación no podía compararse con la miseria que había soportado durante los seis años previos. De hecho, el contraste entre las profundidades de su miseria y las cumbres de su paz hicieron aún más notable su experiencia de la gracia y de la gloria de Dios.

La historia de Zamperini es una de muchas que nos dan un vistazo de lo que Dios está haciendo en este mundo quebrantado. «Pues Dios, que dijo: “De las tinieblas resplandecerá la luz”, es el que ha resplandecido en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo» (2 Co 4:6). Aquel cuyos cabellos son «blancos como la blanca lana, como la nieve», Sus ojos «como una llama de fuego»,

15. Zamperini y Resin, *Devil at My Heels* [El diablo a mi acecho], 241.

Sus pies como «bronce bruñido cuando se le ha hecho refulgir en el horno, y Su voz como el ruido de muchas aguas» (Ap 1:14-15) está magnificando Su gracia y Su gloria más allá de toda comparación; esto es lo que yace en el centro de la teodicea de la gloria mayor que exploraremos más adelante.

PREGUNTAS DE ESTUDIO

1. ¿Puedes recordar algún «mal» que haya afectado tu vida? ¿Cómo respondiste a él?
2. ¿Cuál es la diferencia entre el *mal moral* y el *mal natural*?
3. ¿Cómo surgió el mal en el mundo?
4. ¿Cuál crees que es el mayor mal que aqueja a nuestra cultura hoy?
5. ¿Qué es el *problema del mal*? ¿Por qué es un problema único para el cristianismo?
6. ¿Este problema del mal presenta mayores dificultades para la omnipotencia de Dios (Su poder absoluto) o para Su omnibenevolencia (Su bondad absoluta)? Explica tu respuesta.
7. El autor afirma que hay más de un problema del mal. Además del problema lógico del mal expresado por varios filósofos que desafían la existencia de Dios, ¿qué otros dos problemas plantea el autor?
8. ¿Qué es una teodicea?
9. Explica la diferencia fundamental entre la *defensa del libre albedrío* y la *defensa del bien mayor*.
10. ¿Por qué debe una teodicea bíblica estar centrada en Dios y no en el hombre?